

bros cubre a la falange sacerdotal, cubre igualmente al estado religioso. Según el Secreto, una Religiosa dará a luz el Anticristo. ¡Ay! es preciso que todas las clases de la sociedad cristiana concurren a formar este haz de flechas, que traspasan y abrevan de amargura al corazón tan bueno y tan tierno de nuestra celestial Madre! ¡Es posible, que las clases escogidas sean las que la dirigen las flechas más aceradas y cruces! ¡Es posible, que la Reina de las Virgenes, que tanto tiene que llorar por el pueblo y por ciertos miembros del clero, tenga también que llorar por el estado Religioso, por sus relaciones, sus prevaricaciones y sus desórdenes! Difícilmente lo comprenderéis vos, mi querido amigo, que veis florecer a vuestro alrededor comunidades fervorosas, de las cuales habeis sido por largo tiempo guía y padre. ¡Ah! si todas fueran tan fervorosas, la gran familia Religiosa se hubiese ahorrado el dolor, que no puede ménos de causarle, el verse objeto de revelaciones tan humillantes.

Mis reflexiones anteriores sobre el clero, pueden igualmente aplicarse al estado Religioso. Los religiosos, lo mismo que los sacerdotes seculares, están tan íntimamente unidos por la ley de la solidaridad, que las prevaricaciones, las quejas, las represiones, las manchas de un número, más o ménos considerable, caen sobre toda la gran familia, y toda puede ser castigada, debiendo los inocentes expiar la culpa de los criminales. Al igual de la de los sacerdotes, la perfección de los miembros de la gran familia Religiosa debe estar al nivel de las dificultades del tiempo, al nivel de los peligros de la sociedad y de las necesidades de la Iglesia. También los Religiosos son como ángeles de la tierra, diputados por la Iglesia, para ofrecer a la suprema Majestad un sacrificio continuo de oraciones, de alabanzas y de reparación; inmolandos todo su ser, deben suplir de esta suerte lo que los fieles no pueden, o no quieren hacer, para dar la debida satisfacción a la justicia de Dios; deben detener los golpes de su cólera, y atraer sobre el clero gracias abundantes que le hagan fecundo en frutos de salvación. Los Religiosos ejercen el ministerio de Moisés, que alzaba sus manos al cielo, mientras que el ejército del pueblo escogido peleaba contra los amalecitas; y, como el legislador hebreo, no deben bajarlas en

tanto que el pueblo de Dios esté en peligro. (Exo. XVII. 11.) Es preciso, pues, que la perfección del estado religioso, en general, vaya creciendo en la misma proporción que los peligros y las necesidades de la sociedad cristiana; es indispensable que el estado Religioso, a la par del estado sacerdotal, se halle por su fervor y santidad a la altura de las circunstancias, para hacer frente a la situación.

Ahora bien! despues de lo que nos ha dicho la Sma. Virgen, tendremos que confesar, si bien nos examinamos, que distamos mucho de la perfección reclamada por las circunstancias presentes y futuras: el estado Religioso, todo el clero, se halla, hoy, según el Mensaje Secreto, en un estado muy inferior a las necesidades de la Iglesia, incapaz de hacer frente a la situación actual, y a la que se prepara. Léjos de ser un contrapeso a las iniquidades, que se levantan de la tierra, y de detener el brazo de Dios, pronto a descargar, las dos clases escogidas de la Iglesia, sea por la relajación, sea por las prevaricaciones de un número más o ménos considerable de sus miembros, columnan la medida, apuran la paciencia de Dios, y le determinan a derramar sobre ellas mismas y sobre el mundo entero, la copa de su cólera. Y «si Dios va a azotar de una manera sin ejemplo, a agotar su cólera y a entregarnos a su enemigo,» es sin duda porque los pecados de las personas consagradas a Dios claman al cielo pidiendo venganza; porque en los lugares santos reina la corrupción, y porque muchos conventos ya no son casas de Dios.

Dadme una palanca y un punto de apoyo, y yo levantaré la tierra, decía Arquimedes. Pues bien! querido amigo; la palanca del mundo en el orden moral y religioso, somos nosotros, el clero y el estado Religioso; y el punto de apoyo es la Iglesia, edificada sobre incommovible roca. Dad a la Iglesia un clero y un estado Religioso poderosos por su santidad, y vereis con que admirable rapidez la Iglesia levanta al mundo de su prostración. Si; esta sociedad degenerada, que retrocede de casi hasta el paganismo por sus aspiraciones y costumbres; este mundo, hoy día, tan profundamente sumido en la indiferencia religiosa, tan enervado bajo el peso del sensualismo y del materialismo práctico; la Iglesia lo levantará, como lo levantó hace diez y ocho siglos, cuando se hallaba ente-

ramente sumergido en las tinieblas y la inmoralidad del paganismo.

Empero es preciso que la palanca sea bastante poderosa; es preciso que los estados sacerdotal y Religioso sean lo que deben ser: que su santidad sea completa, su virtud proporcionada a las dificultades y a las necesidades de la situación. Ahora bien; esto es precisamente lo que le falta hoy a la palanca. Ambos estados sacerdotales, secular y Religioso tienen necesidad de ser levantados, perfeccionados y devueltos a su primitivo estado. Y esto es, sin duda, lo que Dios quiere hacer; y esto ha sido otro de los motivos más providenciales de la reunión del Concilio Vaticano. Este santo Concilio va a empezar por la reforma de la casa de Dios: *Tempus est ut iudicium incipiat à Domino Dei.* (1. Pet. IV. 17.): ante todo; levantará la palanca para que la Iglesia pueda despues con ella levantar la sociedad; templará de nuevo las armas del Señor, restablecerá en su primitivo estado la legión sacerdotal y la legión religiosa; y, entonces, se hallará en disposición de emprender su más brillante, y, quizás, su última campaña en este mundo.

Por lo que respecta a los medios de que se servirá el Señor para obrar esta renovación en el estado Religioso, no hay porque inquietarse. Ahí está el Concilio: el Espíritu Santo inspirará a su Iglesia los medios más eficaces para la consecución de un bien tan necesario y apetecible. Atengámonos, pues, acerca de este punto, como acerca de otros, a las decisiones del Concilio, a la sabiduría del infinito y a la omnipotencia del Espíritu Santo, que no dejará de prestar su auxilio y asistencia a la Iglesia, para vencer todas las dificultades y todas las resistencias. ¡Ay de aquellos que intenten oponerse a esa grande y universal renovación, que Dios prepara por medio de este santo Concilio, y que va a realizar en toda la Iglesia! Cualquiera que sea, religioso, sacerdote, obispo, príncipe de la tierra; ¡ay del que ponga trabas a los grandes designios de Dios en el mundo! Por el Mensaje de la Reina del cielo, se comprende fácilmente, que Dios va a remover todos los obstáculos que se opongan a la nueva é inmensa efusión de su amor. A pesar de nuestra profunda miseria, el Corazón de Jesús rebosa de amor para con nosotros. Por el momento, contiene con una especie de violencia los efectos de

su amor; pero apenas nos haya purificado con el castigo que le obligamos a infligirnos, se desbordará por la Iglesia un torrente de gracias, que causará admiración a los cielos y a la tierra. Dios no nos castiga sino a pesar suyo, y cuando le precisamos a ello; y se complace en que a los más grandes castigos, succedan las más grandes efusiones de gracias, como para consolarse de haber tenido que satisfacer a su justicia y castigar a sus hijos. Pues bien! el clero y el estado Religioso, por el ministerio que ejercen en la Iglesia, recibirán esa grande efusión de gracias, que el Corazón de Jesús reserva todavía a la tierra; y por conducto suyo, principalmente, participarán de ellas los fieles.

Os digo lo que pienso, querido amigo; estoy animado de las más bellas esperanzas para un porvenir no muy lejano, lo mismo con relación al estado Religioso, que al clero secular. Si en uno y otro estado falta algo, ya se ven señales de su admirable renovación. Acaso pno os asombra esta multitud de Congregaciones religiosas, que han brotado en Francia de medio siglo a esta parte? Se encuentran por doquiera que haya necesidades sociales a que atender: cómo dejar de admirar a esas almas tan bellas, tan nobles, tan generosas, llenas de piedad, ávidas de abnegación y de sacrificio! ¿Qué de elementos para obrar el bien! ¿Qué no podríamos prometernos de esas Congregaciones, si se nos mostrasen siempre animadas de un espíritu religioso de fuerte temple; si todas sus Reglas y Constituciones, estuviesen impregnadas del espíritu verdaderamente religioso, todo hubiese sido previsto para impedir su relajación y la introducción en ellas del espíritu del siglo? ¿Qué sería, si cada congregación, si cada comunidad estuviera perfectamente gobernada, regular y formalmente visitada; mantenido y acrecentado cada día el fervor primitivo, así en la corporación, como en cada uno de sus miembros? Pero reconozco con vos, que bajo el doble punto de vista del espíritu y del gobierno, hay mucho que desear en algunas de nuestras congregaciones: éstas es frecuentemente el lado débil; por ahí es donde el enemigo abre brecha, y se introduce la relajación con notable perjuicio de las mismas congregaciones, y detrimento de los que forman parte de ellas.

¿Cuánto fuera de desear, que muchas de

estas pequeñas congregaciones, que á veces vejetan sin ninguna idea fija, tuvieren un punto de apoyo, se adhieren á alguna cosa más perfecta, estuvieren unidas á un centro fuertemente constituido, que las comunicase la vida, que las alimentase constantemente por medios y relaciones prudentemente combinadas, á la manera que la cabeza comunica la vida á los diversos miembros, y los alimenta por una influencia incesante, y como el corazón comunica la sangre á todas las partes del cuerpo, por medio de esos canales invisibles, que Dios ha tratado y dispuesto en nuestro cuerpo con un orden y una armonía tan admirable!

Esta idea de un Orden religioso capaz de agrupar á su alrededor, animar, vivificar y alimentar en el verdadero espíritu de su vocación á todas esas congregaciones, que poseemos hoy día, sin duda os parecerá harto atrevida. No obstante, puedo aseguraros, que esta idea existe en Francia y en Italia, y me lionjeo de verla bien pronto realizada: soy de parecer, que semejante instituto respondería á una de las grandes necesidades actuales, y proporcionaría indudablemente un bien inmenso á la Iglesia.

Ya veis, querido amigo, que si me oprimen terribles apreensiones, abrigo al mismo tiempo bellas esperanzas para un porvenir, que me parece próximo; porvenir, que seguirá inmediatamente á esta crisis formidable en la cual estamos empeñados.

Si mis esperanzas os pareciesen exageradas, dejádmelas: esas dulces y bellas ilusiones de mi espíritu me consolarán de las tristezas presentes. Tened pues entendido, que mis esperanzas están en armonía con las de los más ilustres filósofos de este siglo, ó del fin del siglo último, á saber: de Maistre, de Haller, Novalis, Federico de Schlegel, y con las predicciones que nos han dejado muchos santos, como S. Cesáreo, S. Vicente Ferrer, S. Leonardo de Puerto-Mauricio, el ven. Grignon de Monfort, Holzhauser, Sta. Catalina de Sena, Sor Natividad. ¡Ojalá veamos pronto realizadas nuestras esperanzas!

Entretanto, se reitera.

F. B.

Marsella, 27 de febrero 1870.

Querido amigo:

Écheme aquí de regreso á Marsella, donde me propongo permanecer algunos días; y

os confieso, que no sin un profundo sentimiento de tristeza vuelvo á ver esta ciudad grande y rica. Conoceréis la causa de esta tristeza con solo leer el Secreto. ¡Es posible, que una ciudad donde existe tan considerable número de almas cristianas, sea continuada entre las ciudades cuyo castigo ha de aterrar al mundo? Comprendo perfectamente, que la nueva Babilonia experimenta la suerte de la primera. Pero ¡Marsella! Un piadoso marsellés, con quien hablaba yo de este asunto, opinaba, que el castigo no caerá sino sobre la ciudad nueva, y que no se verificará tan pronto. Y en verdad, nada indica en el Secreto, que deba verificarse en un porvenir muy próximo. Sin duda, este castigo, como el de la nueva Babilonia y de otras ciudades, que no son designadas por su nombre, no debe aplazarse para el último período, cuando el mundo experimente los terribles golpes del Anticristo, pero mal se inferiría de ahí, que deba verificarse en la primera serie de los grandes castigos. ¡Ojalá, que los religiosos habitantes de Marsella, conjuren, ó á lo ménos aplacen el golpe, que les amenaza, criciendo en piedad para con Dios, y en devoción á la Sma Virgen, cuya imagen domina la ciudad!

Puesto que Marsella me recuerda uno de los grandes castigos reservados á la tierra, permitidme, amigo mio, que os hable de los castigos anunciados en el Secreto de la Pastora. Este secreto es, sin duda, un triste y doloroso asunto de conversaciones; pero es necesario, por lo mismo, que nos ocupemos de él, por triste que sea. Los males, conocidos de antemano, los castigos previstos, son ménos sensibles, dice S. Gregorio el Grande. Y luego, el convencimiento de esos formidables castigos pudiera inspirar el temor, y este temor conducir los hombres á mudar, con el auxilio de Dios, de conducta, y de esta suerte, á conjurarlos, ó al ménos, atenuarlos y abreviarlos.

Recordais, que hace como veinte años, uno de nuestros Obispos, que combatía el Hecho de la Saleta, alegaba por motivo de su oposición, ó para no aceptarlo, que este hecho y el Mensaje público que lo acompaña, tendían á asimilar la sociedad cristiana al antiguo pueblo de Dios, puesto que en el Mensaje se nos presenta á las naciones cristianas, castigadas por sus crímenes con penas temporales, y recompensada su fide-

lidad en guardar la ley de Dios con prosperidad terrenas? Este venerable Obispo, por otra parte, tan excelente y amable, en mi concepto se preocupó, por no sé qué motivo, y su preocupación le hizo rechazar *a priori* el hecho tan admirable de la Saleta. Pero, por poco que se hubiera tomado de la molestia de reflexionar, hubiera comprendido, que en la ley nueva, como en la antigua, la nación, considerada como tal, como sociedad terrestre, no existiendo sino en este mundo, debe, según el orden de la justicia, el orden de la providencia divina, ser recompensada ó castigada temporalmente, según que ella guarda ó viola la ley de Dios. ¿No es un hecho histórico, irrecusable (cualquiera puede convencerse de él con el estudio detenido de la historia de nuestra nación), que ciertos crímenes, que yo denominaré nacionales, ó sociales, son, de ordinario, castigados con penas infligidas á las naciones, á la sociedad? Algunas veces se hace aguardar el castigo, pero, por fin, llega. Y entre las naciones, hay algunas, á las cuales la mano de Dios parece más dispuesta y pronta á castigar, ó á recompensar; tales son los que más han recibido de Dios; las que tienen una misión más importante en el plan divino; y la Francia, así lo creo, ocupa, entre ellas, el primer lugar. ¿Es posible, que un filósofo cristiano desconozca esta ley providencial?

Es para mí evidente á todas luces, que el anuncio de los castigos no es motivo suficiente para dejar de admitir la Aparición y el Mensaje, así público, como secreto. Convento, que en este último, se nos anuncian castigos cuales nunca se han visto, que yo sé, en la historia, á lo menos, desde la caída del imperio Romano. Empero, hay que examinar también, si nuestra actual sociedad no es soberanamente culpable, y merecedora de castigos excepcionales. Este es el punto, sobre el cual quisiera yo que los hombres graves fijaran su atención. Quien quiera que se detenga un poco en examinar nuestro estado social, sin perder de vista, que se trata de naciones cristianas, reconocerán fácilmente, que los castigos anunciados al mundo en el Mensaje de la Saleta, nada tienen de inverosímil.

Cuanto en orden á castigos contiene el Mensaje, se resume en estos dos puntos: causas, y naturaleza de esos castigos.

Las causas, ó mejor, la causa única de

los castigos, son nuestros crímenes, según se desprende de las palabras del Mensaje público, lo mismo que del secreto. «Si mi pueblo no quiere someterse, se dice en el primero, me verá obligada á soltar la mano de mi Hijo; esa mano es tan fuerte, tan pesada, que ya no la puedo sostener.» Luego, la celestial Mensajera señala, en particular, la profanación del Domingo, y la blasfemia como los dos crímenes que hacen pese tanto la mano de su Hijo. Ambos crímenes, atrayendo la maldición y los castigos de Dios, sobre toda la nación, y sobre toda la sociedad, son como crímenes nacionales y sociales, que constituyen á la nación, á la sociedad entera, responsable y acreedora á castigos temporales. Así, pues, estos crímenes deben ser considerados como delitos de lesa-nación, de lesa-sociedad. Y hé aquí porque aquellos que presiden el gobierno y los intereses nacionales, debieron vigilar, para que el Nombre y el Día del Señor no fueran ultrajados en público y violados impunemente. Así lo comprendieron los antiguos legisladores cristianos.

El Mensaje público señala seguidamente los insultos que se hacen, á Dios en su propio templo; y el menosprecio de la ley de la Iglesia, concerniente á la abstinencia. En la Cuaresma van á la carnicería como perros. Y la palabra es dura, sin duda; más ¿por qué obligar á la más dulce de las Madres á pronunciarse contra nosotros?

El Mensaje secreto no es ménos explícito, ni ménos preciso acerca de esa causa única de nuestras desgracias. «Si Dios va á castigarnos con todo rigor hasta quedar satisfecho su justa indignación, es porque los desórdenes y los crímenes de los hombres llegan hasta el cielo.» Si la Italia será aislada por la guerra, y la sangre correrá por sus calles, «será por haber querido satisfacer su ambición, y sacudido el yugo del Señor.» Si las naciones occidentales de Europa serán víctimas de la guerra civil, seguida de una conflagración general; «si por un tiempo, Dios no se acordará de Francia ni de Italia; será porque «ya no es conocido el Evangelio.» «Si se concederá á los espíritus de tinieblas un gran poder sobre la naturaleza», será «en castigo de los crímenes de los hombres.» «Si se verán por doquiera prodigios extraordinarios, es porque, «la verdadera fe se ha extinguido, y

el hombre no quiere otra luz que su mezquina razon.» «Si la venganza está á nuestras puertas», es porque «los crimenes de las personas consagradas á Dios, suben al cielo y piden venganza.» «Si Dios vá á entregarnos á su enemigo», es porque «en los lugares santos reina la corrupcion, y muchos conventos ya no son casas de Dios.» Hé aqui, querido amigo, la causa de todos los castigos que nos han sido anunciados; no puede ser precisada mas claramente: son los crimenes, si, los crimenes de todas las clases de la sociedad cristiana.

Los castigos anunciados en el Mensaje secreto, son por su naturaleza y extension tan horriblemente espantosos, que aun cuando la autenticidad de este Mensaje no fuese mas que probable, su publicacion nos haria sin duda caer de rodillas, si el mundo no se hallase ya en el estado de ceguedad y de endurecimiento, tan bien descritos en el mismo Mensaje.

«Dios va á castigarnos de una manera nunca vista, nos dice: ¡ay de los moradores de la tierra! Dios agotará su cólera, y nadie podrá sustraerse á tantos males reunidos... Apenas comience á vibrar su espada fulminante, los montes y la naturaleza entera temblarán de espanto, porque los crimenes de los hombres, atravesando las azuladas bóvedas, llegan al cielo.» Sigue á este preámbulo la enumeracion de los castigos que caerán sobre la sociedad entera, y estos castigos comprenderán todas las plagas conocidas, y tal vez, otras no conocidas todavía.—Permitidme trazar aqui el cuadro:

«La tierra será castigada con todo género de plagas, sin contar la peste, y el hambre, que llegarán á ser generales; las guerras se sucederán, hasta que llegue la última, que harán los diez reyes del Anticristo; la sociedad será gobernada con vara de hierro, y tendrá que beber el caliz de la cólera de Dios; habrá en Italia una terrible persecucion, que dará lugar á numerosas defecciones entre aquellos mismos, que están mas estrechamente obligados á sostener á los demás con su ejemplo; Lucifer, y muchísimos demonios desencadenados, ejercerán un gran poder sobre la naturaleza; seducirán á los hombres con sus prodigios, derramarán las tinieblas y la confusion en los espiritus, abolirán poco á poco la fe, aun entre las personas consagradas á Dios; se levantarán grandes persecuciones contra

la Iglesia, que pasará por una crisis pavorosa: el Santo Padre, tendrá que sufrir mucho: las cuatro grandes naciones del Occidente y del Mediodia de Europa (Francia, Italia, España é Inglaterra), serán destrozadas por la guerra civil, hasta el punto que se verá correr la sangre por las calles; esas guerras civiles acabarán con una guerra general la más espantosa; las dos naciones mas favorecidas del cielo, la Francia y la Italia, quedarán por algun tiempo, como enteramente abandonadas de Dios; un precursor del Anticristo combatirá con sus ejércitos de muchas naciones contra Cristo, aspirando á anonadar su culto para colocarse en su lugar; Paris será quemado, Marsella sumergida; temblores de tierra conmovérán y sumergirán muchas otras grandes ciudades.»

«¿Qué cuadro tan horrible, querido amigo! ¿Es posible imaginar otro mas espantoso?»

Hé ahí, no obstante, lo que ha sido anunciado al mundo en este Mensaje, que la Pastora de la Saleta afirma, haberle sido revelado por la Sma. Virgen, en la célebre aparicion del 19 de Setiembre 1846.

Caveant consules! se clamaba en Roma antiguamente, cuando la republica estaba en peligro. Y ¿no es tambien éste el grito, que nosotros debiéramos hacer llegar al oído de cuantos tengan algun ascendiente sobre los pueblos y sobre la sociedad? Si, *Caveant consules!* que cuantos tienen encomendada la difícil y formidable mision de dirigir y gobernar los hombres, estén sobre aviso, y pongan á cubierto su responsabilidad, empleando, cada cual en su esfera, los medios que estén á su alcance para aplacar la cólera de Dios, desarmar su brazo, y apartar de la sociedad ese diluvio de males que amanzan sumergirla.

Pudiera yo, amigo mio, dejar aquí correr la pluma, y comunicaros las reflexiones que se me ocurren acerca de las diversas plagas que acabo de enumerar, y que están, por decirlo así, como suspendidas sobre nuestras cabezas. Acaso ¿no estamos viendo ya, como se va desarrollando esa larga série de males? ¿Acaso, desde el dia de la Aparicion, no hemos visto repetidas veces, que ciertas enfermedades epidémicas daban la vuelta al mundo, azotando á hombres, á animales, y hasta á vejetales? ¿No estamos viendo ya, que el más terrible de los castigos, el castigo moral, vá realizán-

dose de una manera palpable y pavorosa, para quien sabe ver y oír? El culto de los demonios, ó como se llama hoy dia, el *espiritismo*, tan perfectamente descrito en el Mensaje ¿no ha invadido ya la sociedad? En las asambleas ó Iglesias espiritistas, ¿no se ven ya, en gran parte, los prodigios diabólicos anunciados? ¿No se invocan, acaso, los muertos? ¿No se les hace hablar, y segun se me ha asegurado, á veces aparecen bajo una forma corporal? Tal vez todos esos pretendidos muertos, justos ó reprobados, que no son mas que demonios bajo aquellas figuras ¿no son están anunciando un nuevo Evangelio, contrario al Evangelio eterno del verdadero Cristo Jesús, predicando la metempsicosis, y negando la existencia del cielo y del infierno?

Las tinieblas morales mas densas ¿no envuelven ya á esta pobre sociedad, que se titula sociedad del progreso? ¿Qué son, pues, estos pretendidos principios modernos, que se quiere substituir á los principios eternos de todo bien, de todo orden, de toda justicia? ¿Qué son estos principios mentirosos, sobre los cuales se trata de edificar y de hacer marchar á esta sociedad moderna? ¿Qué son, si no la negacion de todo principio social? ¿qué son, si no el humo que sale de los pozos del Abismo? ¡Ay! ¡qué horrorosa ceguedad de espíritu en todas las gradas de la escala social! ¡Desgraciados! ¡Ah! harto castigados sois en vuestro mismo peccado! Ya no queréis á Dios, ni en la base, ni en la cúspide de vuestra sociedad; y en su lugar ¿os hallais con la antigua serpiente, que, en los siglos pasados, sedujo las naciones paganas y las hizo tan *felices!* No queréis marchar alumbrados con la luz de la Iglesia; despreciáis la verdad de la que ella sola es la depositaria infalible; recharáis la mano que os tiende esta tierra Madre, para guiaros con seguridad y preservaros de toda caída; ¡y hé aqui, que quedais envueltos en tinieblas, y correis á precipitaros en los abismos!

El Mensaje nos anuncia guerras terribles, guerras civiles, á las cuales seguirá una conflagracion general. Querido amigo mio, no es necesario estar dotado del talento de Donoso Cortés para ser, en la actualidad, profeta sobre este punto. Si echais una ojeada sobre esta pobre España, tan desventurada ochenta años há, una conflagracion general os parecerá, por desgracia, harto

probable, y se os presentará pavorosa sobre toda ponderacion, si atendeis á la multitud de los combatientes y á la actividad prodigiosa de estas nuevas máquinas destructoras, en cuya fabricacion se dedica hoy especialmente el génio inventor de la sociedad moderna. El temor, diré más, el presentimiento de esta conflagracion general de Europa ¿no es otra de las causas que, de algunos años á esta parte, cortan el vuelo al comercio en grande escala, y alimentan por do quiera la desconfianza y no sé qué malestar indefinible?

En punto á la guerra civil, si estúdiáis las cuatro grandes naciones del Occidente y del Mediodia, la Francia, la Inglaterra, la España y la Italia ¿no estais ya viendo á la revolucion fermentar, estrechermese de cólera, y tramar sus complots satánicos en el seno de esas naciones extraviadas! ¡Ah! que los gobiernos se precavan! *Caveant consules!* En vez de acariciar á la revolucion, en lugar de perseguir y de poner trabas á la Iglesia, ¿cuánto mejor no obrarian uniéndose á ella para combatir de consuno al enemigo comun, á esta misma revolucion, hija del infierno, enemiga de los reyes, no ménos que de la Iglesia; enemiga de toda autoridad, de todo lo bueno, de todo verdadero progreso, de toda sociedad! ¡Ah! si todos los que presiden los gobiernos de las naciones comprendiesen, que deben ser ellos los primeros, en dar á los pueblos el ejemplo de respeto hácia la Santa Iglesia, Madre de los reyes y de los pueblos, de sumision filial á todas sus leyes, á todas sus enseñanzas! No olviden nunca el antiguo adagio: *Regis ad exemplar totus componitur orbis.* Si los principes, desconociendo la autoridad de la Iglesia, se convirtiesen en los primeros revolucionarios del mundo, esto es, revolucionarios en el órden religioso: ¿cómo no hemos de temer, que los pueblos, desconociendo, á su vez, la autoridad de los principes, se convirtieran en revolucionarios en el órden civil?

«Oh! que fatal ceguedad padecen la mayor parte de los que gobiernan, hoy, los pueblos! ¿No pudiéramos aplicarles con razon estas palabras del Evangelio: *Son unos ciegos que guían á otros ciegos.* (MATH. XV, 14)» ¿Qué de males para los pueblos y para los mismos reyes no nos está anunciando esta ceguedad obstinada! Jesucristo nos lo dió bien á entender, cuando dijo: *Si un cie-*

go quiere conducir á otro ciego, entrambos caen en la hoya, (Jub.) y tal debe ser indefectiblemente el resultado de quien pretenda reinar por la revolución ó con la revolución; de quien se sirve de la revolución para subir al trono, ó para conservar su corona: tarde ó temprano, este infeliz será atravesado por la espada de que se habrá servido para elevarse. ¿No es esta, por ventura, otra de las cosas más elementales que nos enseña la filosofía de la historia? Hé aquí, porque yo opino, que en vez de contar con la revolución, entrar en sus miras, y apoyarse en ella, los jefes de las naciones obrarían mas cuerdatamente, si, primero, contasen con Dios, se ocupasen en meditar por qué motivo el Señor ha puesto en sus manos la espada, y, ante todo, buscasen un apoyo en su providencia. Empero abandonado este terreno, amigo mio, y me apresuro á terminar esta carta por dos reflexiones, que se refieren á los otros castigos indicados en el Mensaje.

Es precursor del Anticristo, peleando contra Dios con soldados procedentes de diversas naciones, ¿no os parece que pudiera ser ese pirata, que ha representado un papel tan transcendental en la revolución italiana? Y en verdad, aparte del prestigio que dan el talento y el valor, descubrimos en él mas de un rasgo de semejanza con la Bestia del Apocalipsis: como ella, su alma aborrece la Sta. Iglesia de Dios, y su boca no se abre sino para vomitar blasfemias. Por lo demás, él ha hecho ya la guerra contra el Señor y contra su Cristo, combatiendo directamente contra la Iglesia y contra el Papa. ¿Debemos aguardar todavía, quereparezca en la escena este subalterno de Satanás? Si tal cosa sucede, yo no veré en eso mas que un nuevo golpe de la justicia de Dios. ¡Desventurada Italia! en su delirio, se ha formado un ídolo de este ímpio, aclamándolo como un libertador. Pero será justamente castigada por donde ha pecado: es esta una de las indeclinables leyes de la Providencia de Dios sobre el mundo.

El Mensaje parece indicarnos la destrucción de muchas grandes ciudades, como uno de los últimos castigos que han de caer sobre el mundo, mientras se estará aguardando la repetición de estas y otras más terribles plagas que sobrevendrán en la última crisis. Y ¿no será esto, amigo mio, uno de los resultados de este sistema

de aglomeración, que es otro de los principios de la política moderna? Se hacina limitadamente en las ciudades la gente arrojada al campo. En todas las cosas hay que calcular el final de ellas. Porque ¿á donde há, por fin, de conducirnos este sistema de aglomeración? A lo que en parte estamos ya viendo, y en parte no vemos todavía, pero que no es difícil presentir; estas masas de trabajadores, sin religion y sin costumbres, que no aspiran sino á la fortuna y á los placeres, dirigidas por las sociedades secretas, acaban por convertirse en apoyo y en instrumento de la revolución, en enemigos del trono, lo mismo que del altar; en enemigos de toda sociedad. Vendrá un dia, en que no pudiendo Dios soportar por más tiempo la vista de ciertas ciudades, llenas de impiedad y de crímenes, fulminará, contra ellas su maldición. ¿Presérvenos Dios de tamaños males! Ha llegado ya el caso, de decir con Salomón: «Preferi el estado de los muertos al de los vivos.» *El laudavi magis mortuos quam viventes.* (EccI. IV, 2.)

Hasta luego.

F. B.

Marsella, 1.º de marzo 1870.

Querido amigo:

Aprovecho con el mayor gusto algunas horas de que puedo disponer, para continuar mis reflexiones, fijándome hoy, en uno de los puntos más importantes, á mi modo de ver. Empero, antes, permítidme os diga, que ayer tuve la dicha de visitar á Ntra. Sra. de la Saleta, no en el monte de la Aparición, harto distante de aquí, sino en el mismo Marsella.

En uno de los barrios extremos de esta ciudad, bastante separado de la agitación y del bullicio de los negocios, se levanta, desde hace poco, un hermoso templo gótico, dedicado al Príncipe de los Apóstoles. Apenas se ha franqueado la puerta, se descubre, encima del altar mayor, y como suspendido en el aire, el glorioso arcángel San Miguel, abatiendo á Lucifer, y sujetándolo con cadenas bajo sus pies triunfantes. Hé aquí una imagen de lo pasado, y una garantía del porvenir; el resumen y la conclusion de la historia de las dos ciudades; el señal de la victoria definitiva de la ciudad de Dios, sobre la ciudad del mal;

de la Iglesia, sobre el mundo y el infierno. Para quien sabe leer y comprender, es como una celeste aparición, que reanima la fe, y robustece la esperanza; aparición, que los ojos cristianos desean encontrar en todo tiempo, y, sobre todo, en estos dias de crisis suprema, de suprema lucha entre ambas ciudades. En esta hermosa iglesia, pues, de San Miguel, se tuvo la feliz idea de erigir un altar á la Santísima Virgen de la Saleta, debajo del ábside de una de las naves laterales; y ahí es donde ayer la visité. Despues de haber ofrecido mis homenajes á Ntra. Señora, y de haber contemplado el grupo que representa la Aparición á los dos niños, he examinado al rededor de la capilla los testimonios de las gracias obtenidas por su invocación en este nuevo santuario. Me detenía ante cada uno de los exvotos; leía con atención, y no sin enternecerme, aquellas palabras grabadas sobre la piedra, que proclaman, á la vez, el poder y la bondad de nuestra Reina, la confianza y la piedad de los fieles para la mejor de las madres. ¡Cuán feliz era yo en aquel instante, leyendo en aquellas paginas de mármol! ¡Con qué gozo contemplaba cuán venerada, amada é invocada es en esta ciudad de Marsella, Nuestra Señora de la Saleta! Un culto semejante habia visto en otras partes, tanto en Francia, como en Italia; pero, lo confieso, en ninguna me habia conmovido tanto como hoy, en esta ciudad.

Y esta devoción á Nuestra Señora de la Saleta, amigo mio, no es una cosa extraordinaria. Doquiera se la encuentra: en muchos lugares de Francia, su tierra natal, en Bélgica, en Italia, en Nápoles, en España, y en casi todas las partes del mundo. ¡Llabeis meditado un poco acerca de esa devoción tan generalizada? ¿No vislumbraís en ella algun designio providencial, asombroso, para el porvenir, aun más que para el presente? «Pues bien, hijos míos, dijo á los dos pastorcillos la celestial Mensajera, lo comunicareis á todo mi pueblo.» Y hé aquí que, efectivamente, esta importante nueva ha dado la vuelta al mundo con una rapidez inaudita. Y hé aquí, cosa no menos sorprendente, que, en menos de un cuarto de siglo, se han dedicado por doquiera á Nuestra Señora de la Saleta multitud de santuarios, agregados al que fué erigido en el lugar de la Aparición, y en los

cuales se dispensan las mismas prodigiosas gracias que en el monte privilegiado. ¿Quién no ve en esto el dedo de Dios? ¿Se puede menos de reconocer en eso, una disposición especialísima de nuestro Señor, que no quiere que el mundo, apesar de su ligereza é indiferencia, pueda jamás olvidar este hecho, único en los anales de la Iglesia, ni perder de vista las profundas enseñanzas que en si contiene? Y esta devoción, que, á despecho de las contradicciones suscitadas por el clero mismo, se ha difundido por el mundo, y revestido de un carácter que en lo pasado no tiene precedente; ¿no irá en aumento, si, como no puede menos de suceder, el Mensaje secreto llega á ser conocido, y, sobre todo, si entra en los designios de Dios, que un dia sea publicado por la autoridad competente, ó, cuando menos, con su permiso?

Empero, dejemos ahora esas reflexiones para hablar del asunto principal de esta carta, por mas que sienta cierta ropugnancia en tratar una materia de suyo desagradable. Á ciertas personas tal vez les parezca, que este asunto tiene, desde luego, un fin, el de no aceptar nada que ataque el Mensaje; pero, si estas Cartas algun dia llegan á sus manos, los ruego encarecidamente, no precipiten su juicio en contra. Tómense el tiempo necesario para examinarlo todo con imparcialidad, aprovechen todos los medios que les sugiera su buena fé, busquen la luz antes de pronunciar el fallo: el asunto vale la pena. Cuando hayan estudiado detenidamente la cuestion, y reflexionado, sin preocupación alguna, sobre el gran hecho de la Saleta, y cuanto á ella se refiere; cuando hayan pasado con madurez todas las pruebas extrínsecas ó motivos de credibilidad, sobre todo, si llega el dia de poder publicarlas todas; si llegas entonces, no rechazarán con tanta ligereza el Mensaje, á causa de un punto delicado, que no tiene otro defecto, que el de no estar en armonía con sus opiniones acerca del fin del mundo. Además, el Mensaje predice una serie de hechos sorprendentes y fáciles de comprobar; si estos hechos se realizan, serán, á mi juicio, suficiente garantía para los demás.

Este Mensaje Secreto, pues, nos revela el próximo fin del mundo, y nos anuncia el nacimiento del Anticristo para una época, que os parecerá aproximarse al año 1865.

Empero ántes, para que el texto de la parte comunicada del Secreto no induzca á error, téngase presente, que esta fecha de 1865, nada tiene de comun con estas palabras: «Será durante este tiempo que nacerá el Anticristo;» estas últimas palabras están relacionadas con otra parte del mismo Secreto, no comunicado todavía por la Pastora de la Saleta. Sin embargo, aunque este pasaje del Documento, donde se marca el nacimiento del Anticristo, no tenga relacion precisa con la fecha de 1865, ántes indicada, me inclino á creer, que la época del nacimiento de la Bestia, no dista mucho de aquella fecha. Melania me dijo, que el Anticristo nacerá durante las *desgracias*; y por estas *desgracias*, entendia evidentemente, las anunciadas en el Secreto, y que acompañarán la crisis próxima. Luego, si no se puede, segun la parte conocida del Secreto, afirmar, que el Anticristo haya nacido ya, parece, sin embargo, que su nacimiento no debe estar lejano.

Era opinion generalmente recibida en la antigüedad cristiana, que el mundo acabaría en el sexto milenario, como puede verse en Belarmino (*de Romano Pontifice*, lib. 3), en Malvenda (*lib. 3 de Antichristo*), y en la sabia disertacion colocada al frente de la segunda *Epistola de los Tesalonicenses en la Biblia de Venecia*: tom. XVII, p. 40, edición de 1779. De suerte, que este punto del Mensaje, lejos de oponerse al sentimiento de los Padres y de los Doctores, está bastante de acuerdo con ellos.

El Mensaje nos dice, que el Anticristo nacerá de una union sacrilega. Nada hay en esto que sea contrario á la tradicion. Domingo Soto (4 *sent. Dist. 46, quest. 1, art. 1*) afirma, que algunos han creído, que el Anticristo será engendrado por un horrible sacrilegio de padres consagrados á Dios. Asi lo asegura tambien Malvenda, cuyas palabras textuales son las siguientes: «*Dominicus Soto annotat suspicatos aliquos per imane sacrilegium ex sacris parentibus procedendum esse anticristum.*» (*lib. 3 de Antichristo*, cap. 2.) Sé asimismo, que, segun la opinion comun entre los Padres y Doctores, el Anticristo pertenecerá á la nacion judia y á la tribu de Dan, como puede verse en Belarmino y Malvenda. Confieso, sin embargo, que no he encontrado en favor de esta opinion

ninguna razon terminante. Consultad vos mismo los autores que acabo de citar, y juzgad, luego, si los fundamentos de esa opinion os parecen sólidos. Pero sea lo que fuese de esa opinion, comunmente recibida, el Mensaje no la contradice. Por lo mismo que guarda silencio acerca del origen del padre y de la madre del Anticristo, nada impide que el uno ó el otro, y, aun ambos, puedan ser de origen judio y de la tribu de Dan.

Este punto del Mensaje tampoco está en oposicion con las palabras de la Escritura acerca del fin de los tiempos Interrogado por los apóstoles, cuál seria la señal de su segunda venida y del fin del mundo, Nuestro Señor les describe los signos precursoros, para que los que entonces vivan estén sobre aviso y no sean engañados; y luego, añade: *Mas en orden al día y á la hora nadie lo sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo del Padre revelároslo, sino el Padre.* (MARTH. XXIV, 36.—MARC. XIII, 32.) Ahora bien; el Mensaje no habla del día ni de la hora del fin del mundo, y, por consiguiente, no está en oposicion con el texto citado del Evangelio. Lo mismo puede decirse del texto de los Hechos de los Apóstoles. En el momento en que Nuestro Señor iba á subir á los cielos, sus Apóstoles le preguntaron, si restablecería pronto el reino de Israel; á lo cual les respondió: *No os corresponde á vosotros el saber los tiempos y momentos que tiene el Padre reservados á su poder.* (ACT. 1, 6, 7.) ¿Se deberá concluir de estas palabras, que cuando estén cerca los tiempos de la gran prueba, la Iglesia no lo conocerá, que nada sabrá del advenimiento del Anticristo, que el Espeso nada comunicará á la Esposa, acerca de eso, privándola así de los medios necesarios para despertar á sus hijos, y prepararlos para la lucha suprema? No, no es ese el sentido de las palabras del Salvador. Y estas observaciones, relativas á los dos textos precitados, son evidentemente aplicables á la objecion, que pudiera hacerse con las palabras de la Bula que Leon X publicó en 1516, para dar cuenta del resultado de las decisiones del quinto Concilio de Letran. Por tanto, yo no veo, querido amigo, que pueda con formalidad, ser considerado este punto del Mensaje como contrario á la tradicion ó á la Escritura.

Dire mas: por lo que nos revela el Mensaje, acerca del origen horriblemente sacrilego del Anticristo, comprendemos fácilmente por que motivo san Pablo, le llama por excelencia el hombre del pecado, el hijo de perdicion: *Homo peccati, filius perditionis* (1^a Thess. XI, 3); comprendemos tambien el por qué Satanás, por justa perdoner de Dios, habrá podido, ó podrá apoderarse de ese fruto de la mas horrible iniquidad, poseerle completamente, y llenarle de su espíritu y de su malicia, desde el vientre de su madre, hasta el punto, que, en cierto sentido, pueda llamársele diablo encarnado. Y digo, en cierto sentido, porque no se trata aquí de una encarnacion propiamente dicha, ó union personal. Pero como la palabra, posesion, en su acepcion ordinaria, no expresa suficientemente la estrecha union de Satanás con el Anticristo, la denominacion de diablo encarnado es la sola que, al parecer, puede expresar esa union del todo excepcional. De esta suerte se ha explicado la Pastora de la Saleta, á consecuencia de una discusion teológica habida con ella acerca de esta expresion. Ella me ha asegurado, que la Sma. Virgen habia empleado la misma expresion de diablo encarnado, como lo vereis en el texto del Mensaje; y que con la luz ó el conocimiento que le habia comunicado la palabra de la celestial Mensajera, vió al demonio en cuerpo humano; pero que no por esto quiere hablar de union personal. Por lo demás, con motivo de esta expresion, *diablo encarnado*, aplicada al Anticristo, el día 2 de febrero, consulté en Roma al R. P. Mura, rector de la Sapienza, y bien que le pareció atrevida, sin embargo, este sábio teologo no la juzgó reprehensible, bajo ningun concepto. Creo que estas observaciones serán mas que suficientes para mostraros, que cuanto dice el Mensaje sobre el Anticristo, no se opone á la Escritura, ni á la Tradicion ni á la Teología.

No cabe duda, que, en cuanto al fin de los tiempos, el Mensaje se opone á ciertas opiniones recientes, segun las cuales el mundo se halla todavia muy distante de su fin. Empero vos sabeis tan bien como yo, que hombres de mérito opinan, con fundamento, y en armonia con las revelaciones del Mensaje, que el mundo toca ya á su termino. Favorecen esta opinion, entre otros, Holzhauer, en su interpretacion del Apo-

calipsis; y Monseñor Gaume, en la notable introduccion de su obra sobre la familia (1). No os es desconocido, sobre el mismo asunto, el libro intitulado: *La razon de los tiempos modernos*; ni tampoco ignorais el sentimiento comun de la venerable antigüedad cristiana, sentimiento consignado y expuesto en Belarmino, Malvenda, y en la Biblia de Venecia. Si tuviéramos á la vista el Secreto de la Saleta en toda su integridad, quizá se dieran por satisfechos algunos de los que opinan, que distamos todavia del fin del mundo, ó, cuando ménos, los que solo sostienen esa opinion, porque les parece, que se necesita todavia muchísimo tiempo para que el Evangelio sea predicado por toda la tierra, y la plenitud de las naciones entre en la Iglesia. La Pastora de la Saleta, en una conversacion, en la cual la llevé insensiblemente á este terreno, me declaró, que, en su concepto, la conversion de las naciones y el reinado universal del Evangelio, seguirían inmediatamente la crisis actual, y los castigos, no muy distantes, con que ha de terminarse. ¿Creeis esto imposible, amigo mio? Por lo que á mí respecta, debo decir, que cuando medito acerca de los medios de comunicacion que poseemos, acerca del considerable número de celosos apóstoles; la multitud de instituciones evangélicas que surgen en todas partes; cuando considero, además, que nuestra Francia posee una bella y poderosa colonia en Africa, otra en la extremidad del Asia, otra en el centro de la Oceania; me parece, que apenas sea vencida la revolucion, y la Iglesia se vea libre de trabas, quedaremos asombrados de la rapidez, con que la luz del Evangelio dará la vuelta al mundo, y del anhelo, con que los pueblos fusionados correrán á abrazarse en el seno de la Iglesia, y á apagar su sed en las fuentes saludables del Salvador. Si; yo abrigó la dulce y firme esperanza, de que á esta larga y terrible prueba, que aflige hoy á la Iglesia, sucederá una efusion extraordinaria de gracias, y que entonces, el orden sacerdo-

(1) Este atleta infatigable acaba de publicar una nueva obra intitulada: «*En dónde estamos*» en la cual condensa la doctrina de la Tradicion cristiana acerca de la cuestion importante, que es objeto de esta Carta; libro que arroja mucha luz sobre la situacion actual, y que merece ser meditado.

tal brillará por su celo incomparable, y el estado Religioso resplandecerá con un fervor angélico y desconocido en las pasadas edades.

Empero ¡ay! este bello triunfo de la Iglesia no durará mucho, puesto que, según el Mensaje de Nuestra Señora, el Anticristo, ó habrá ya nacido, ó estará á punto de nacer. Sin duda, Lucifer, desencadenado desde 1864, será encadenado todo el tiempo que dure esta época de fervor admirable, que surgirá en la Iglesia á consecuencia de la actual crisis; mas ¿quién ignora, que los tiempos de fervor son de breve duración? Y cuando el mundo haya vuelto á caer en la indiferencia, en que hoy le vemos, Lucifer será desencadenado por última vez, y se dará á la Bestia gran poder, en castigo de los crímenes del género humano. Entonces, mas que nunca, la Iglesia podrá decir á sus enemigos, como Jesucristo en el Huerto de Getsemani: «Esta es la hora vuestra, y el poder de las tinieblas.» *hæc est hora vestra, et potestas tenebrarum* (Luc. XXII, 53.) Entonces, sobre todo, podrá decirse, que habrá sonado la hora de la paciencia de los Santos, de que nos habla San Juan en el Apocalipsis (XIII, 10—XIV, 12). El Anticristo, investido de toda malicia, de toda astucia y de toda la potestad de Satanás, encarnado, digámoslo así, en él, después de haber preparado su reinado por la seducción, lo establecerá por la fuerza. Le obedecerán diez reyes, que tendrán un mismo designio, y se auxiliarán con todas sus fuerzas y poder; y esos diez reyes serán los únicos que gobernarán el mundo, en calidad de lugartenientes ó vicarios de la Bestia, y estarán encargados de hacer cumplir sus leyes y voluntades (Apo. XVII, 12, 13). Todo esto le será muy fácil el practicarlo, porque el Anticristo, con auxilio del infierno, tendrá á su disposición la electricidad, el vapor y todos los actuales medios de comunicación, que, probablemente, se perfeccionarán hasta su día. Entonces empezará la terrible persecución, de la cual las persecuciones precedentes no habrán sido sino un ensayo, un preludio; persecución, que ha de durar tres años y medio (Apo. XII, 6—Dan. XII, 11.) ¡Ay de los cobardes y de los tibios! ay de aquellos cuya fe se hubiera debilitado ó apagado! ¡Cuántas víctimas no hará el infierno en días tan deplorables!

Después de haber trazado, en pocas pa-

labras, las calamidades que azotarán al mundo en sus últimos días, nuestra divina Madre, siempre solícita del bien de sus hijos, nos advierte, que únicamente permanecerán firmes y se salvarán los que conserven la fe. «Solo la fe resistirá á todas las pruebas.» Si deseais comprender la virtud, la fuerza de la fe, leed y meditad el capítulo undécimo de la Epístola á los Hebreos, y vereis lo que puede; vereis las maravillas que por ella obraron los Santos, desde el principio del mundo. Apliquémonos, por lo tanto, á fortificar la fe en los fieles; aprendamos á vivir de ella, á identificarnos con ella, á recurrir á Jesucristo, que vive en medio de ellos en la Eucaristía. Así triunfaron los primeros cristianos, los primeros mártires; y no de otro modo podrán triunfar los cristianos de los últimos tiempos. Los que habrán conservado la fe, y permanecido fieles en recurrir á Jesucristo, éstos, nada tendrán que temer; serán más fuertes que el infierno. *Porque fidelis est Deus, et non permittit que seamos tentados sobre nuestras fuerzas*, según la palabra del Apóstol. (I Cor. X, 13.) Dios vestirá á los suyos de una virtud proporcionada á la altura de la prueba; ó mas bien, Dios mismo será su armadura y su fuerza, y triunfará en ellos. «*Vosotros habéis vencido*, dice San Juan, *porque el que está con vosotros*, y os ayuda con su gracia, *es mayor que el espíritu del Anticristo que está en el mundo.* (I Ep. IV, 2.) ¡Oh! cuántos mártires! y qué mártires! qué victorias, qué coronas, qué gloria para los héroes de los últimos tiempos! Hagamos brillar esta gloria á los ojos de la generación naciente, para estimularla é inflammarla en el deseo de obtenerla en su día.

Supongo, que os habreis fijado en estas palabras, que terminan el documento: «no pasarán dos veces 50 días.» Melania se ha negado á darme la explicación de esas palabras. Pero ¿no os parece, que pudieran designar el limite que el mundo no debe pasar, á partir desde la Aparición? Según lo que ella me ha declarado, Melania ha temido la revelación de la época muy próxima del fin del mundo; pero no del día ni de la hora, que los mismos ángeles ignoran. No cree, como algunos, que deba mediar un tiempo considerable entre la muerte del Anticristo y el último juicio. Por lo demás, pienso yo, que algun día ella se explicará acerca de este punto, y dará á conocer lo

que la Sma. Virgen le dijo sobre la época del fin del mundo.

Inútil fuera, amigo querido, que ahora me detuviera yo en ponderaros toda la trascendencia de ese punto del Mensaje, de que acabo de hablaros: lo habreis comprendido perfectamente, lo mismo que sus consecuencias prácticas de una gravedad excepcional. Resulta, en efecto, de ese punto del Mensaje de la Sma. Virgen, que estamos en el fin de los tiempos, en el sexto y último día, ó edad de la Iglesia militante, de la Iglesia en la tierra; el séptimo día, ó la séptima edad será la del descanso eterno en la gloria. Esta última edad de la Iglesia militante, sería, pues, á la vez, la mas breve, la mas gloriosa, y fecunda en frutos de salvación, y la mas terrible en su principio, y, sobre todo, en su fin. Leed acerca del particular la sabia disertación sobre las *Siete edades de la Iglesia*, y la disertación no menos importante sobre la *Sexta edad*, colocadas al frente del *Comentario sobre el Apocalipsis*, en la Biblia de Venecia, t. XVI, edición de 1779. Cotejad el Mensaje de Nra. Sra. de la Saleta, con lo que se dice de la Sexta edad en aquellas disertaciones, y quizás creceis entonces, haber encontrado la llave para la inteligencia de una parte del Apocalipsis.

Así, pues, las generaciones que van á nacer ahora, serán llamadas á sostener la terrible y formidable lucha, á atravesar la prueba especial y sin precedente, que las Santas Escrituras nos anuncian para el fin de los tiempos.

Caveant parentes! Que los padres y madres de familia lo reflexionen, y se esfuerzen en dar á sus hijos una educación cristiana, en armonía con los peligros que pudieran amenazarles.

Ha llegado el momento critico, en que los padres y cuantos tienen á su cargo la educación de los niños, han de hacer los mayores esfuerzos para formar una generación rival de los primeros cristianos; una generación capaz de resistir á todas las astucias de la seducción, de mantenerse firme, bajo las torturas de la mas cruel de las persecuciones; en una palabra, una generación, que sepa padecer el martirio. ¿Cómo podrá alcanzarse ese resultado? ¡Ah! harto lo sabeis vos mismo: hoy día, una de las mayores desventuras de la tierra es, que el espíritu cristiano ha casi desaparecido del santuario

de la familia; ya casi no existen familias verdaderamente cristianas, porque ya no hay padres, que piensen y reflexionen en la excelencia y en el valor del alma de sus hijos, y en la sublimidad de sus destinos; ya no hay padres, que comprendan la grandeza de su misión, ni la extensión de sus deberes para con sus propios hijos: en suma, ya no hay padres cristianos. De ahí, el que la familia sea hoy tan parecida á nuestra sociedad, y nuestra sociedad no sea más que el reflejo de la familia actual. Con pocas diferencias, el mismo mal aqueja á esta pequeña sociedad, que se llama familia, que á la gran familia, que se llama nación, sociedad. Si la generación que tenemos á la vista, tuviera que encontrarse en frente del Anticristo, ¡cuántas defecciones, cuántos apóstatas no víramos por doquiera, cuánta cosecha para el infierno! *Caveant parentes!* No me cansaré de repetirlo: que los padres estén prevenidos! Si aman de verdad á sus hijos, si se interesan por su alma, y por su felicidad, no perdonen cuidado, ni diligencia, ni esfuerzo para hacer de ellos cristianos de buen temple, cristianos á toda prueba. Y ¡cuán á propósito ha venido, querido amigo, el Mensaje de nuestra Madre celestial! Al parecer, solo esta triste perspectiva del fin de los tiempos, puede remediar la negligencia é incuria de los padres; y disipar su solicitud relativamente á la educación y á la salud de los hijos, que Dios les haya dado, y de los cuales habrán de dar rigurosa cuenta.

No concluiré esta carta, sin exhortaros á leer con atención el Evangelio de la Misa del 19 de setiembre, día de la Aparición, y fiesta de San Genaro. Creo que no podréis ménos de admirar la relación verdaderamente sorprendente de este Evangelio, con el Mensaje Secreto de Nra. Sra.; sobre todos los puntos de que os he hablado en esta carta y en la precedente.

«En aquellos tiempos, estando Jesús sentado en el monte del Olivar, se llegaron algunos de los discípulos, y le preguntaron en secreto: Dinos, ¿cuándo sucederá eso? ¿y cuál será la señal de tu venida, y del fin del mundo? A lo que Jesús les respondió: Mirad que nadie os engañe. Porque muchos han de venir en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo ó Mesías; y seducirán á mucha gente. Oiréis asimismo noticias de batallas, y rumores de guerra. No haré que turbaros por

eso: que si bien han de preceder tales cosas, no es todavía este el término. Es verdad, que se armará nación contra nación, y un reino contra otro reino, y habrá pestes, y hambres, y terremotos en varios lugares. Empero todo esto aún no es más que el principio de los males. En aquel tiempo seréis entregados á los magistrados para ser puestos en los tormentos, y os darán la muerte: y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre, *por ser discípulos míos*. Con lo que muchos padecerán entónces escándalo, y se harán traición unos á otros, y se odiarán recíprocamente. Y aparecerá un gran número de falsos profetas que pervertirán á mucha gente. Y por la inundación de los vicios, se resfriará la caridad de muchos. Mas el que perseverare hasta el fin, ese se salvará.»

Tal es el Evangelio que se lee en la Misa del día de la Aparición, tomado de San Mateo. (XXIV, 3-13.) El Secreto es la respuesta á esta pregunta de los Apóstoles: «Dinos, ¿cuándo sucederá eso? y cuál será la señal de tu venida, y del fin del mundo?» y el comentario bastante detallado de lo restante de ese Evangelio.

La Epístola guarda armonía con el Evangelio: hé aquí cómo termina: «Porque os es necesaria la paciencia, para que haciendo la voluntad de Dios, obtengais la promesa. Pues dentro de un brevisimo tiempo, dice Dios, vendrá aquel que ha de venir, y no tardará. Entretanto el justo mio, *añade el Señor*, vivirá por la fe.» (Heb. X, 36-38.)

Fijad tambien vuestra atención en la antífona llamada *Communio*, que leemos en la Misa de ese mismo día: *Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine; et quod in aure auditis, predicat super tecta*: Lo que os digo de noche, decidlo á la luz del día; y lo que os digo al oído, predicadlo desde los terrados (MATTH. X, 27); y cotejad estas palabras con la órden comunicada por la celestial Mensajera á los dos pastorcillos, relativamente á la publicación de lo que habían visto y oído: «Pues bien! hijos míos, lo comunicaréis á todo mi pueblo.» ¡Cuán bien la Sma. Virgen supo escoger el día, que coincidía con las primeras vísperas de la fiesta de los Dolores, 19 de Setiembre, en que la Iglesia lee ese Evangelio, esa Epístola, y esa Antífona, para revelarnos esas cosas tan importantes!

Recibid, etc.

F. B.

Macanan, 15 de Marzo 1870.

Querido amigo:

Por fin, héme aquí de regreso á mi amada soledad. Hoy cumplen tres meses que la abandoné; ¡cuán ageno estaba yo de pensar, que este viaje habia de terminar por la Manifestación del Secreto de la Pastora de la Saleta, y escribieros estas cartas, inspiradas por el Mensaje de Ntra. Señoral Pero puesto que todavía me queda algo que decir, acerca de uno de los puntos de ese Mensaje, voy á hacerlo, desde luego, para concluir, de una vez, mis reflexiones, graves sin duda é importantes.

Después de la tempestad, que ha puesto al buque á punto de zozobrar, ¿con qué júbilo el marinero contempla la bonanza? Después de las aflictivas noticias, que nos revela el Mensaje, y de que os he hablado extensamente á mis anteriores cartas; ¿cómo se regocija el alma al ver, que, por fin, el cielo sonríe á la tierra? (Qué inefable dicha poder ver y saludar á los celestiales mensajeros de la paz y de la felicidad, á los apóstoles de la Reina del cielo, á esos, que ella misma llama *Apóstoles de los últimos tiempos*!

Esta es, mi muy querido amigo, esta es para nosotros, sacerdotes, seculares ó regulares, la parte capital del Mensaje, puesto que es el llamamiento que nuestra Soberana hace á la gran familia sacerdotal, y á cada uno de nosotros en particular; y no cabe duda, que ella no rechazará á ninguno de los que, al oír su voz, se apresuren á escucharla, y á adornarse con las virtudes que indica en aquel Documento, como signos característicos de sus verdaderos servidores, de sus hijos predilectos.

No ignorais, por cierto, que los Apóstoles de los últimos tiempos, han sido previstos y anunciados de muy antiguo, por grandes y santos personajes, entre otros, por San Vicente Ferrer (1), Sta. Catalina de Sena, y el venerable Grignon de Monfort (2).

Ahora bien! según el Mensaje secreto confiado á la Pastora de la Saleta, parece, que los Apóstoles de los últimos tiempos no tardarán en llegar: sin duda ya la Reina de los Apóstoles los está preparando en la humildad, en el silencio, y en la práctica de todas las virtudes trazadas en el Documento; y

(1) Tratado de la vida espiritual, c. 19.

(2) Verdadera devoción á la Sma. Virgen.

apenas cese la furiosa tempestad, los manifestará al mundo, que, á la vista de tan bella legión de varones verdaderamente apóstólicos, los recibirá transportado de júbilo y de esperanza.

Entre las cualidades, que la Sma. Virgen enumera en el Mensaje, hay cuatro principales, á las cuales pueden reducirse todas las demás, y que caracterizarán á esos grandes Apóstoles de los últimos tiempos. Su primer rasgo característico, el que Nuestra Señora pone en primer lugar, es su aplicación á estudiar é imitar á Jesucristo: «Hago un apremiante llamamiento á la tierra, llamo á los verdaderos discípulos del Dios vivo que reina en los cielos, á los verdaderos imitadores de Cristo hecho hombre.» Os parecerá, tal vez, querido amigo, que ninguna necesidad tenia yo de indiciros esta cualidad, puesto que supone, por lo mismo, que el estudio y la imitación de J. C. constituyen toda la vida cristiana, así en el sereno como en el fiel, y que es la condición *sine qua non* de nuestra predestinación á la gloria. (Rom. VIII, 29.) Indudablemente esta observación es tan sencilla y elemental, que todos nosotros debiéramos tenerla siempre presente, sin que fuera necesario recordármola. Mas ¡ay! harlo sabeis cuán útil es, y aún necesario, que á todos nosotros, sacerdotes seculares ó regulares, se nos recuerde este punto tan elemental de la vida cristiana, de la vida sacerdotal, de la vida religiosa, este punto, hoy tan poco conocido, y olvidado en la práctica!

Observad, que la Sma. Virgen llama á los verdaderos imitadores de su divino Hijo, y no á tales ó cuales imitadores. Este solo carácter lo dice todo, encierra los demás caracteres, que no son sino su consecuencia y desarrollo; porque, cualquier cristiano, cualquier sacerdote, ó religioso, que pone cuidado y se esfuerza en ser un verdadero imitador de J. C., es un perfecto cristiano, un santo sacerdote, un santo religioso, pues práctica, según su condición, y posee, ó, al ménos, está en vías de adquirir todas las virtudes de que nuestro Maestro y Señor nos ha dado ejemplo. Entre estas virtudes, os llamarán la atención otras tres, que constituyen los demás caracteres distintivos de los verdaderos imitadores del Hijo de Dios.

La segunda cualidad, pues, que caracterizará á los Apóstoles de los últimos tiempos, será una sincera é ilimitada devoción á la

Sma. Virgen: «Llamo á mis verdaderos hijos, á mis verdaderos devotos, á los que se me han entregado, para que yo conduzca á mi Hijo á los que yo llevo, por decirlo así, en mis brazos, á los que viven de mi espíritu; llamo, en fin, á los Apóstoles de los últimos tiempos.» Nosotros, sacerdotes, debemos ser los primeros discípulos, y, por consiguiente, los más perfectos imitadores de N. S. J. C. Pues bien; Jesucristo se entregó enteramente á la Bienaventurada Virgen, su Madre, vivió bajo su dependencia, obedecióla siempre, hizo, en una palabra, su voluntad en todo, como el mejor de los hijos. De donde se sigue, que este Hijo, el más amante de la más amable de las Madres, quiere continuar honrándola del mismo modo en la tierra, en la persona de sus discípulos, y especialmente de sus sacerdotes. (Quiere, sobre todo, que los Apóstoles y los Santos de los últimos tiempos sobresalgan particularmente en este punto, esforzándose en imitar con la perfección más posible la admirable vida de unión, de sumisión y de devoción de su divina Madre. Procediendo así, no harán más que seguir la senda que les dejaron trazada los primeros Apóstoles y discípulos del Salvador, en especial, San Juan, el discípulo favorito de la Madre, como lo habia sido del Hijo. Me inclino á creer, que ninguna de las edades de la Iglesia se asemejará á la primera, como se le semejará la última. Así, pues, como al principio de la Iglesia, la Sma. Virgen, que habia quedado en la tierra, despues de la Ascensión de su divino Hijo, fué la Señora, la Directora y el Auxilio de los Apóstoles, y de los discípulos del Salvador, tambien lo será al fin. No quiero decir con esto, que ella no haya ejercido siempre ese ministerio en la Santa Iglesia; ni que los verdaderos Apóstoles de todas las edades, no se hayan esmerado en la verdadera devoción á la Madre de Dios (recordad tan solo al venerable Olieis); sino, que esta devoción, será mucho más perfecta hácia el fin.

El tercer carácter de esos futuros Apóstoles, será el espíritu de fe: «Ila llegado ya el tiempo de fe; se presenten y vengán á iluminar la tierra: id, y mostraos verdaderos hijos míos muy amados; yo estaré con vosotros, con tal que vuestra fe sea la luz que os alumbré en estos días aciagos.... pelead, hijos de la luz, vosotros, que todavía estais viendo, aunque seas en corto

número.» No sin razon, querido amigo, la Sma. Virgen señala este carácter distintivo de los últimos Apóstoles y Pastores de la Santa Iglesia. ¡Qué debilitada no se halla la fe, aún entre nosotros los sacerdotes! Al expresarme así, no me refiero á la fe absolutamente necesaria para la salvacion, ó á la adhesión á las verdades reveladas por Dios y propuestas por la Iglesia; espíritu de fe, que es el espíritu del Evangelio, y que consiste, no tan solo en creer lo que la Iglesia nos enseña, sino en adoptar la fe por regla de nuestra vida, de nuestros juicios, de todos nuestros actos. Pues bien; este espíritu de fe, ¿no se ha debilitado bastante en nosotros mismos? ¡Ah! es una verdad, que no puede ocultarse: el sentido de la fe, que no es más que el sentido cristiano; el espíritu de fe, que no es más que el espíritu cristiano, ha descendido mucho, y tiende á descender todavía más entre los eclesiásticos. El espíritu del siglo, el espíritu moderno, ha penetrado, más ó menos, por doquiera, y se ha apoderado de más de una mitra. De ahí estas agitaciones, este ruido, estas miserias, que escandalizan ó afligen con tanto mayor motivo á los fieles, cuanto vienen de más arriba. Y quiera Dios, que esta debilidad del espíritu de fe en la clase sacerdotal, no vaya más lejos todavía, y no cause á la Iglesia nuevas tristezas! ¡Ah! si este espíritu hubiese reinado siempre en el alma y en el corazón de los pastores, ¡cuántas menos tribulaciones hubieran tenido que padecer la Iglesia y las naciones! ¡Cuán diferente fuera del actual el estado de la sociedad cristiana!

Este espíritu de fe, tan necesario al sacerdote, debe llegar á un grado tanto más elevado, cuanto más densas sean las tinieblas en que están sumidas las sociedades. Por esta razon, en estos infortunados días, en que Satanás, desencadenado, consigue revolverlo todo, oscurecerlo todo, hasta las cosas más claras, hasta los principios más elementales; debemos nosotros, los sacerdotes, procurar con nuestra predicación y nuestra conducta, que ese espíritu brille cada día con un resplandor más puro y más vivo. Ahora bien; cuando llegue el reinado de la bestia y de sus diez reyes, el mal habrá echado más hondas raíces en los pueblos, y las tinieblas serán más densas que ahora; indispensable, pues, absolutamente será, que ese espíritu de fe en los Apóstoles

y los pastores de los últimos tiempos, llegue á un grado el más elevado.

¡Bendito sea el Señor, que se ha dignado inspirar al corazón de Nuestro Santísimo Padre y Pontífice Pio IX, la convocación de este santo Concilio ecuménico, para que, disipadas las tinieblas presentes, estemos dispuestos á rechazar las que bien pronto sobrevendrán; y reanimada la fe, brille su purísima luz con nuevo resplandor á los ojos de cuantos quieran ver, á los ojos de todos los hombres de buena voluntad! *Quoniam Deus, qui dixit de tenebris lumen splendescere, ipse illuxit in cordibus nostris ad illuminationem scientie claritatis Dei* (II. Cox. IV, 6). ¡Bendito sea el Señor, que ha querido, por el órgano de este santo Concilio, disipar las nubes amontonadas por el espíritu de este siglo, y de los dos siglos precedentes sobre la primera y la más necesaria de las prerogativas del soberano Pastor de nuestras almas! Va acercándose á grandes pasos la confusión suprema; ya casi nos hallamos en los tiempos calamitosos, en que todos los errores prealecerán en la tierra, y en que el Angel de las tinieblas recibirá poder para obrar tales prodigios, que hasta los mismos escogidos, si posible fuera, serian engañados. ¡Cuán necesario no será, pues, que todo cristiano sepa, sin la menor sombra de duda, que Aquel, que ha recibido de Jesucristo la misión y el deber de dirigir y de confirmar en la fe á todos los discípulos del Salvador, á los pastores, lo mismo que á los fieles; no puede inducirnos á error; y que cuando él habla á la Iglesia, es Jesucristo quien habla por su boca!

Podréis, en fin, observar, amigo mio, que el celo, pero un celo el más ardiente, ha de ser el cuarto carácter con que se distinguirán esos grandes Apóstoles: «Que vuestro celo os haga hambrientos de la gloria y honor del Dios altísimo,» dice la Santísima Virgen. ¡El celo! ¡Oh! esa es la virtud por excelencia del clero: ese es el punto fundamental y culminante, á la vez, del espíritu sacerdotal; es el fundamento ó el punto de partida, porque, sin celo por la gloria de Dios, no hay verdadera vocación sacerdotal: sin celo, el sacerdote no llegará nunca á la perfección de la vida cristiana, ni trabajará por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Es, al propio tiempo, el punto culminante, puesto que la perfección

sacerdotal consiste en este celo, que no es otra cosa, que la más pura y viva llama de la caridad. El celo, pues, es el que principalmente forma al sacerdote, que le hace apóstol; y un sacerdote debiera ruborizarse de sí mismo, y juzgarse indigno de su carácter sagrado, cuando el fuego del celo no inflama su corazón.

Creo que las reflexiones, que acabo de hacer sobre la debilidad del espíritu de fe, están muy en su lugar. ¡Qué desgracia para los pueblos, qué motivo de gozo para el infierno, de tristeza para el cielo, y de desolacion para la Iglesia, no son esas vocaciones, que no tienen otro móvil que miras humanas; esas promociones á las más altas dignidades de los Apóstoles, conferidas á mercenarios, á ambiciosos, como precio de sus bajezas, á semejantes de sus intrigas! ¡Dígnese la Reina de los Apóstoles, preservar para siempre á la Iglesia de semejantes pastores! ¡Dígnese la divina Madre, enviarnos pronto á esos nuevos Apóstoles, que nos ha anunciado, que ella misma prepara, para que todos, pastores y sacerdotes, estemos mudados y atraídos por su ejemplo, marchemos sobre sus huellas; y los operarios evangélicos, llenos de una santa emulacion, se muestren, segun las palabras de la Santísima Virgen, hambrientos de la gloria y del honor del Dios altísimo!

Meditad, querido amigo, una por una estas expresiones del Mensaje, sobre el celo de los últimos Apóstoles. «Que vuestro celo sea como el de hambrientos.» Nada puede saciar á un hambriento; y lo mismo debe sucederle al verdadero apóstol. Haga ó padezca lo que quiera por Dios y por las almas, nunca diga: basta; nunca quede satisfecho; piense siempre, que nada ha hecho; sea tal su hambre y sed de glorificar á Dios, y de salvar las almas; los días le parezcan cortos, y su vida insuficiente, para corresponder al vivo deseo que le impulse á procurar, por todos los medios posibles, la gloria de Dios y la salvación de sus hermanos. «Por la gloria y el honor de Dios altísimo.» Consistiendo la gloria de Dios en ser conocido y alabado, el verdadero y celoso apóstol procura, que se le conozca, se le ame, y sirva, á fin de ganarle nuevas almas, y perfeccionar las que ya son suyas. Consistiendo el honor de Dios, en que los que ya le pertenecen le permanezcan fieles, y guarden una conducta digna de él, el

apóstol celoso trabaja hasta la muerte, para que los que le sirven no le sean arrebatados, ni se entibien en su servicio, á imitación del buen soldado, que combate, y si es necesario, muere, para salvar el honor de su bandera, é impedir que caiga en manos del enemigo.

Decidme, amigo mio: ¿no es éste el espíritu sacerdotal y apóstolico? Tal era el celo de los primeros Apóstoles, que nos hacia insaciables de conquistas por Jesucristo, hambrientos de su gloria y de su honra. Tal ha sido siempre el celo de los hombres verdaderamente apóstolicos, que han brillado en la Iglesia á través de los siglos. Tal debe tambien ser el de todos los pastores y sacerdotes. Y tales, de seguro, serán los ilustres pastores de los últimos tiempos.

El motivo que la Reina del cielo les propone, como el más eficaz para sostener su celo, es la proximidad del fin: «Combatid, les dice, combatid, hijos de la luz... porque vá á llegar el tiempo de los tiempos, el fin de los fines, etc... el reinado de los diez reyes.» Del mismo modo, pues, que Satanás redobla su furor y su rabia para perder á los hombres, sabiendo que le queda poco tiempo; los últimos pastores, los grandes Apóstoles, redoblen su celo al pensar, que pronto no habrá más tiempo para combatir y padecer por la causa de Dios, ni para perfeccionar y salvar las almas. Amigo mio muy querido; ¿no pudiéramos tambien nosotros, con el mismo pensamiento, animarnos, y estimular nuestro celo tan frío y lánguido? Aunque no acabe con nosotros el tiempo, es cierto, sin embargo, que acabará para nosotros: poco tiempo nos queda para trabajar por la gloria y la honra de Dios, por la salvación y la santificación de las almas. Trabajemos, pues, sin cesar: trabajemos, pensando, que seremos eternamente felices; y tanto más felices, cuanto más hubiéramos trabajado, combatido, y padecido por Dios; pues que en el cielo obtendremos tantas coronas, cuantas sean las almas que hubiéramos salvado, y las coronas, tanto más brillantes, cuanto á más alta perfección las hubiéramos conducido.

¡Quiera Dios, que al terminar nuestra carrera sacerdotal, podamos decir con el grande Apóstol: «Combatido hé con valor, he concluido la carrera, he guardado la fé; nada me resta sino aguardar la corona de justicia:» *Bonum certamen certavi, cursum con-*

summavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitie.... (I. TIM. IV. 7-8); y con nuestro Rey y Señor Jesucristo: «Yo he manifestado tu nombre á los hombres... Guardado hé los que tú me diste, y ninguno de ellos se ha perdido, sino el hijo de la perdicion... Yo, por mí, te he glorificado en la tierra: tengo acabada la obra, cuya mision me encomendaste. Ahora, glorifícame tú ¡oh Padre! en tí mismo.» *Manifestavi nomen tuum hominibus... Quos dedisti mihi custodivi, et nemo ex eis perivit, nisi filius perditionis... Ego te clarificavi super terram; opus consummavi quod dedisti mihi ut faciam. Et nunc clarifica me tu Pater apud te ipsum...* (JOANN. XVII, 6, 12, 4, 5.)

Aquí pongo punto final á mis cartas, sobre el Mensaje secreto de la Sma. Virgen, y me lisonjeo, de que no podia terminar con otro pensamiento que interesara más vuestro corazón, y el corazón de cualquier sacerdote, ni que mejor resumiera la conclusion práctica, que debemos sacar del conocimiento y de la meditacion de este Mensaje, que nuestra Reina se dignó por sí misma traernos del cielo.

Ahora más que nunca, podreis vos comprender la grandeza, la importancia, la gravedad inmensa del hecho de la Aparicion de la Sma. Virgen, en el Monte de nuestra Francia, el día 19 de Setiembre, 1846. Comprenderéis, que vino á desem-

peñar, una vez más, el oficio de Madre, el cargo de Reina de los Profetas, y de Reina de los Apóstoles. Vino, para advertirnos, anunciarnos lo venidero, y predicarnos: advertirnos, que la sociedad actual, que está dormida, debe sacudir su torpeza y salir de su indiferencia; para anunciarnos, que el Mundo acaba, que el fin se acerca á pasos agigantados, para predicar á los simples fieles y á los religiosos, á los sacerdotes y á los obispos, á los padres y á los hijos, á todos, en general, y á cada uno, en particular, á fin de que nos convirtamos y procuremos hacernos santos.

Ahora comprenderéis por qué la Sma. Virgen lloró, y sin duda previereis la fecundidad de sus lágrimas. Si la generacion pasada, durante este cuarto de siglo, no se enterneció, ni quiso convertirse; la generacion que sobrevivirá á los castigos que vino á anunciarnos, no se mostrará tan indiferente, ni tan insensible, ni tan dura de corazón; sino que se enternecerá, formará una sociedad nueva, una sociedad verdaderamente cristiana; una sociedad, que indemnizará á la Iglesia de las tribulaciones y de los dolores que habrá padecido para engendrarla, una sociedad, en fin, digna del amor y de la complacencia del cielo. Esta es, al menos, la esperanza que abraza mi corazón.

Recibid, etc.

F. B.

¿PARA QUÉ SIRVE EL PAPA?

POR

MONSEÑOR GAUME;

PROTONOTARIO APOSTÓLICO, Y DOCTOR EN TEOLÓGIA.

INTRODUCCION.

La Revolucion no se cansa nunca de atacar á la Iglesia: luego, nosotros, nunca debemos cansarnos de defenderla. No se limita ya la Revolucion á reproducir por la mañana sus ataques de la víspera: cada día inventa otros nuevos, ó renueva los antiguos; á proporcion que se acerca el desenlace, la lucha se simplifica. Y no es un misterio ya para nadie, que el Santo Padre es el punto objetivo de la Revolucion.

Hace algun tiempo, que M. de Girardin, en la introduccion á un opúsculo, que publicó contra la Santa Sede, pretendia, que el Papa, y sobre todo, el Papa-Rey, no era necesario, para que el mundo continuara siendo cristiano; y que, por lo mismo, no debería de ser menos civilizado, ni menos libre, ni menos feliz sin Papa, que con Papa. Esta asercion equivale á preguntar: ¿Para qué sirve el Papa? y á provocar esta respuesta: la Europa es, hoy, bastante fuerte, y la civilizacion está suficientemente adelantada, para pasarse sin Papa.

¿PARA QUÉ SIRVE EL PAPA?

I.

¿Para qué sirve el Papa?

No, no es un sueño: despues de mil ochocientos años de cristianismo, en pleno siglo diez y nueve, que se llama siglo de progre-

so y de luces, en las asambleas legislativas, en los salones, en los cafés, en los talleres, en la intimidad del hogar doméstico, lo mismo que en el campo, y en las ciudades; millones de criaturas bautizadas, se preguntan con una seriedad, que aterra: ¿Para qué sirve el Papa, y, sobre todo, el Papa-Rey?

Y nosotros, á nuestra vez, preguntamos: que significa el proponer esta cuestion, en tales ó parecidos términos? ¡Ah! significa, que la nocion del Papado, tal como el mismo Hijo de Dios lo estableció, se ha alterado de una manera espantosa. Significa, que el principio, fundamento de la Iglesia, pasa del estado de dogma al de problema. Significa, que el poder, conservador de las sociedades civilizadas, cae en medio, si no de una hostilidad abierta, al menos de una indiferencia, que ha llegado ya á ser contagiosa entre los mismos cristianos.

Con respecto á lo que se llama el mundo, la caída del trono de San Pedro le comunique menos, que una suspension de pagos, menos, que una baja en la Bolsa. En el mundo, pues, no hay ni un temor de más, ni un baile de menos.

En medio de este descarrillamiento general, permitásenos pronunciar una palabra tan solo, sobre el Papa-Pontífice, y sobre el Papa-Rey.

Y ¿á qué fin pronunciar esta palabra? ¿Para impedir la catástrofe? Ya no estamos á tiempo. En la hora presente, la vieja Europa puede compararse á un buque desmantelado, empujado por el huracan, y próximo